

NO HAY PERRO QUE VIVA TANTO

1

Queridos amigos de Twitter, esta mañana en El Rastro ha aparecido un cadáver disecado. Yo de niño viví en ese infame lugar.

El Rastro día a día va cambiando. Cada tres meses se tumba un edificio para levantar otro. Ese mundo antiguo y dañado fenece mientras mata.

¿No es la vida un continuo bucle de ladrillos?

Los cadáveres tienen la facultad de convertirse en fósiles que de algún modo hablan. El que me refiero pertenecía a una mujer joven.

No muy lejos de El Rastro tomo mi cerveza. Me gusta la terraza del Naturbier. Y no creo que llueva esta tarde sobre la Plaza de Santa Ana.

Pero chinos y rumanos van de mesa en mesa vendiendo rosas y paraguas. Levanto mi mirada del iPhone y despido a uno de estos tocapelotas.

¿La gente de ojos rasgados muere alguna vez? ¿Los rumanos saben quién fue Ovidio Nasón? ¿Y por qué a los negros les alimenta cualquier cosa?

Según Telemadrid, un senegalés es quien primero baja al sótano del edificio en demolición. Seguro que con la idea de rapiñar algo.

El obrero lleva una linterna de la constructora. Avanza inseguro. Al fondo descubre un arcón añejo. Y lo abre con su pico a modo de palanca.

La momia, vestida, se halla dentro en posición fetal. Ese infeliz se lleva un buen susto. En las fotos sus ojos parecen huevos de zurcir.

Estaréis de acuerdo conmigo en que ésa es una curiosa forma de deshacerse de un muerto en la ciudad que posee el mayor cementerio de Europa.

¿A dónde ha ido el humo de todas las cremaciones?

Dicen que comer tomates refresca. Este año se adivina muy caluroso. Me gusta el calor, y además me convendrá que la gente ande desabrigada.

Ese hallazgo sólo anuncia más muertes en el laberinto de la eternidad. Porque la inminente primavera acaba de despertar la ira de Aquiles.

Ya sabréis de ella en estos tweets.

Me repugnan las multitudes. Sin embargo, me place estar rodeado de viandantes. Mi alma errabunda de este modo atraviesa mejor los páramos.

De niño me gustaba ir entre la ola de gente que va y viene de la Plaza Campillo del Mundo Nuevo y la Calle de la Ribera de Curtidores.

Muchas veces fui en volandas de un extremo a otro de la Calle de Mira el Sol. Me sentía como sardina en lata en los domingos de mercadillo.

Creedme, este callejón en las horas punta es un embudo. A veces se antoja muy peligroso si hubiese una estampida de gente.

Hoy sucumbe un chaval ahí.

Frente a la Ferretería Centellas una gorda lo descubre tras el bosque de piernas. Está tendido bajo el faldón de un puesto de bolsos.

Observo la escena desde el puesto de libros baratos de Javier y Paco. Hay un gran revuelo. El padre buscaba desesperado a su hijo.

¿Por qué los municipales de Madrid llevan atuendos de ciclista?
Los guardias acuden en tropel. Se abren paso. La gorda sufre un ataque de histeria.

Es casi imposible que un niño de once años pueda fallecer de un ataque al corazón. Pero en el Anatómico Forense no tienen ninguna duda.

Un contacto me informa al respecto por móvil.

¿Cuándo matarán al último de los Beatles?

Me echo en la cama y resoplo. Hace un mes que no duermo. A continuación subo esta entrada a Twitter. Tal y como os prometí.

Me llamo Andros Amador. Mi madre me puso nombre de isla griega. Eran otros tiempos más fantasiosos. Entonces comenzaba la Era de Acuario.

El niño encontrado frente a Centellas se llamaba Pedro Gumilla. Creo que he hecho bien en matarlo. Primero tenía que matarme a mí.

¿Hasta cuándo estas flatulencias? Quizá hasta que los turcos nos devuelvan la península de Anatolia.

Amanece sobre mi ático de Los Robles. Desde la cocina atisbo los tejados del Hotel Montereal. Este Domingo de Ramos también hay Rastro.

Me repatea la música de organillo. Evarista toca el suyo al lado de la estatua del héroe de Cascorro. La observo desde un puesto de ropa.

La vieja es una garrapata de luto. Con un pañuelo sobre la cabeza que vela sus facciones amoratadas. Sólo deja asomar una mano hinchada.

Con esa mano cárdena da vueltas al manubrio. Incansable, como si pusiese en hora el reloj del mundo.

El gentío no la hace ni jodido caso.

A mi lado una jovencita pija compra una camiseta del Ché. Nunca un delincuente ha disfrutado de tanta dulfía. Para colmo era argentino.

Una turista rubia echa unas monedas en el cazo de Evarista. Desde su silla, la vieja amorfa asiente de agradecimiento. Me decido.

¡Chas!

Da un blinco. Cae sobre la pareja que la escuchaba. La tudesca chilla de espanto con la muerta encima. Me alejo entre la pasmada gente.

Acuden unos facultativos del SAMUR. Es inútil, muchachos. La autopsia revelará que Evarista también ha muerto del corazón.

Al salir del barrio me cruzo con una procesión de La Colegiata de San Isidro. No me santiguo. El domingo que viene volveré, Cristo.

¿No es milagroso que San José fuese carpintero en un país sin madera?

Evarista era feligresa de la parroquia. Vivía de su caridad cristiana. Me comunican que el padre Fuensilente anda indagando por su muerte.

No hay nada más parecido a un socialista que un cura. El clero fue el Partido del Medioevo. Ambos carismas son metijones hasta el hartazgo.

¿Si Dios sólo aprieta, quién nos ahoga?

Regreso a las cuevas de El Rastro. Un matadero al aire libre ha devenido en un mercado de las pulgas. Su cuna no puede ser más sangrienta.

Bajo por la Calle de Carlos Arniches. Os diré que en su esquina con la Calle del Carnero dormita un odre de molicie. Se llama Braulio.

Se halla en la puerta de su negocio, echado en una mecedora como un buda castizo y sedente.

El gordo Braulio lee mientras masca un tallo de regaliz, palolú que venden por estas calles.

Lee una novelucha de Silver Kane. Este autor aún vive. Tengo entendido que ahora escribe novelas negras con su nombre de pila.

La tienda expone muñecas antiguas. Pero Braulio no vende ni una mierda satinada. Nadie quiere pasar al lado de su panza para entrar. Poco le importa tal circunstancia. Él cabalga por un Texas de papel con un río Pecos de tinta. Es su forma de soportar el mundo.

Entre la gente circulo de nuevo por delante de su escalón. Si levantase la mirada seguro que no me reconocería.

¡Bang, bang...! Soy el tahúr de saloon, Braulio.

¿Al morir somos conscientes de la última broma?

Susurro este post en mi portentoso iPhone mientras le voy a dar muerte. Busco un hueco entre la gente. Adelanto la otra mano. A ver...

Ya está...

Braulio emite un respingo y luego un eructo. Vomita una baba verde de palolú. Su panza de pandero se agita antes de expirar como un cerdo.

¿Cuántas medias docenas de semáforos hay en Bombay?

Han pasado diez minutos. Desde un puesto de zapatos de gitanos rodeo la cabeza. Observo y analizo lo que ocurre más abajo.

Sole y Mauri vegetan en la librería de enfrente a la tienda de muñecas peponas de Braulio.

En realidad, venden volúmenes mil veces manoseados que exponen sobre muebles viejos. Hoy, intrigados, cruzan la calle.

A sus ojos Braulio parece un Jabba el Hutt traspuesto en su mecedora, con la boca ribeteada de saliva verdosa.

Ya saben que su vecino anda por las praderas del Nirvana. Es normal que los gordos mueran de un infarto.

¡Dejadle su novela del Oeste!

¿Por qué los bárbaros siempre quieren su botín?

Al cabo de una semana vuelvo a bajar por la cuesta de la Calle Carlos Arniches. ¿Este tipo era arquitecto o dramaturgo?

Es igual. Las casas y las comedias emplean el mismo material de la ilusión.

Al fondo de la cuesta se abre la enmarañada Plaza de El Campillo. Hace dos siglos aquí se ejecutaba con el garrote vil. Vamos reculando.

Busco a una pendeja arrugada y soez entre un bosque de viandantes y tenderetes.

Feli y su ordinaria hija Manoli no tienen puesto, sino tan sólo un sitio en el asfalto que cuidan como una parcela en el Quirinal.

Venden su quincalla desparramada por el suelo.

La gente mira esa mercancía con asco. Yo también merodeo alrededor mientras espero mi oportunidad.

Se acerca un mulato gigantesco. Coge una bota y la dobla. Feli se lo recrimina. Manoli discute con él. Le insulta. Se arma un escándalo.

Yo procedo en medio de la confusión entre los viandantes.

Aunque no cae la rancia Feli, sino el negrazo. Éste se revuelca como un búfalo sobre las bagatelas de las dos brujas. Vaya espectáculo...

¿Por qué las radiaciones de los móviles son buenas para el Alzheimer?

Medito en casa acerca de lo ocurrido esta mañana. He fallado con Feli.

¿Quién dijo que sería fácil mi tarea?

Lo volveré a intentar.

